



Panorama Médico Hondureño a mediados del siglo XX

*Dr. Raúl A. Durón M.**

Al escribir estas líneas no pretendemos efectuar un estudio analítico de la Medicina Hondureña en el transcurso de la segunda mitad del siglo recién pasado, sino extraer, de lo que nos queda en la memoria, hechos que consideramos relevantes en la evolución de nuestra medicina durante el tiempo que nos tocó vivirla y practicarla.

Un verdadero estudio analítico de la misma le correspondería con mayor propiedad, a historiadores de la medicina como el Dr. Alfredo León Gómez, Dr. Enrique Aguilar Paz, el Dr. Julio A. Bourdeth.

Para el tiempo cuando finalizamos nuestros estudios de medicina (1949) aun reinaba en el ambiente médico de la comunidad, el aspecto romántico de la misma, con representantes tan queridos como el Dr. Odilon Renderos Barahona, Napoleón Bográn, Manuel Castillo B., Plutarco Castellanos, Humberto Portillo y muchos más, médicos que se interesaban no sólo por la salud de sus pacientes sino que por el estado integral de los mismos, tales como su estado social, económico, educativo, etc. adecuando sus honorarios a las capacidades reales del poder adquisitivo de sus clientes, con quienes establecían de esta manera, verdaderos vínculos de amistad y respeto. La Facultad de Medicina y el Hospital General San Felipe fueron durante esa época, los centros de educación universitaria, que a pesar de la carencia de medios, económi-

cos adecuados sentaron las bases clínicas de nuestros conocimientos médicos, ya que tardaría mucho tiempo en llegar la Tecnología Médica avanzada, en la cual ni siquiera soñábamos en ese entonces.

Se vivía pues, en la época de la medicina clínica, el ojo clínico y en la enseñanza se esforzaba el aprendizaje de un sinnúmero de técnicas aplicables a la historia y examen físico para llegar a un diagnóstico clínico, casi siempre sin asistencia de los métodos auxiliares de la medicina moderna.

Maestros eminentes en estos quehaceres los encontramos entre muchos más, a los doctores, Salvador Paredes, Mario Díaz Quintanilla, Ramón Alcerro Castro, José Gómez Márquez G., Manuel y Marcial Cáceres Vigil, José Ramón Durón, Gilberto Contreras, Humberto Díaz, Juan A. Mejía, Antonio Vidal, etc., etc.

Los médicos graduados a mediados del siglo comprendieron desde entonces la necesidad de llenar el vacío creado por la carencia de médicos especialistas y fue así como la mayoría de ellos salieron fuera de los límites patrios con la idea de capacitarse como especialistas en los diferentes campos de esta ciencia-arte y regresar posteriormente a la patria para establecerse como tales.

Fue así como en la décadas de los 50-60 y las subsiguientes ya nuestra medicina contaba con especialistas en Patología, Pediatría, Dermatología, Urología, Gineco-Obstetricia, Otorrinolaringología, Neurología, Neumología, Psiquiatría, gastroenterología, etc.

* Patólogo. Ex-Profesor de la Facultad de Ciencias Médicas.



Aparecen dentro de estas categorías nombres de médicos prominentes que le dieron y algunos le siguen dando, prestigio a nuestra medicina, tales como Hernán Corrales Padilla, Carlos Antonio Delgado, Adán Cueva, Ignacio Midence, Ramiro Figueroa, Enrique Aguilar Paz, Eva Manheim, Edgardo Alonzo, Asdrubal Raudales, Jesús Rivera H. y muchos otros más, cuyas inquietudes científicas han quedado impresas en esta gran revista Médica Hondureña, que hoy se enorgullece de estar celebrando sus setenta años de haber aparecido a la luz pública.

A propósito de esta Revista, fundada en 1930, cabe anotar que es la única que se mantiene vigente y circulando, como la más antigua de las publicaciones de nuestro país y solamente compite con la revista Honduras Rotaria, la cual fue fundada en 1929 y que aparentemente ha dejado de circular en los últimos días.

Que sea este un estímulo permanente para los nuevos Consejo Editoriales de nuestra querida Revista Médica y la mantengan viva dándole cabida en sus páginas no solamente a los artículos científicos de la medicina, sino también a todas las inquietudes literarias extramédicas de los médicos hondureños, quienes por su espaciosa cultura integral se verían honrados en ver difundidas sus inquietudes en sus prestigiadas páginas.

Estas décadas de los cincuenta y los sesenta constituyen los años dorados de nuestra medicina dentro del Hospital San Felipe con la práctica casi diaria de Conferencias, presentación de casos clínicos, de autopsias, introducción de la fotografía médica, enseñanza audiovisual, etc. y el inicio de los Congresos Médicos Nacionales.

La muerte de la Asociación Médica Hondureña dio paso a la Unión Médica Hondureña y posteriormente al Colegio Médico de Honduras.

Los congresos después se diversificaron en Congresos de especialidades con la invitación a ellos de eminentes especialistas mundiales que siguieron con ello ahondando nuestros conocimientos científicos.

Con el transcurso del tiempo, además de los hospitales de asistencia y docencia, han venido apareciendo las Clínicas y Hospitales Privados, la mayoría bien equipados y que son la alternativa en la asistencia médica cuando ya la capacidad de los centros estatales de asistencia gratuita se ha agotado. Esta corriente sigue en ascenso continuo dentro de la Empresa Privada en contraste con el aparente ocaso de la Seguridad Social, en cuanto a salud se refiere, la cual esta atravesando en estos instantes por sus momentos más críticos. Los más notables avances en las décadas subsiguientes hasta finalizar el siglo se refiere a la incorporación a nuestra medicina diagnóstica de la fina tecnología que proporcionan los métodos inmunológicos en el Laboratorio Clínico y la imagenología con TAC, Ultrasonido, Resonancia Magnética y muchos procedimientos más, dentro de la Radiología Moderna. Creemos que dentro de muy poco, en este nuevo milenio, también entraremos de lleno descifrando los más intrincados secretos que la medicina genética nos tiene reservados tanto en materia diagnóstica como terapéutica.

Para terminar, volvamos de nuevo al paciente. Recordemos y nunca lo olvidemos, que la gran masa de población enferma en nuestro país es extremadamente pobre, colindando casi en la miseria y que ahora más que nunca, al encontrarnos bien retribuidos económicamente, gracias al Estatuto del Médico, no nos veamos librados de dar de sí, antes de pensar en si y aunque sea ocasionalmente, demos a nuestros semejantes un poco del espíritu caritativo hipocrático que desde hace siglos, llevamos muy adentro.

Demos también nuestra colaboración decidida a los esfuerzos que hacen nuestros gobiernos por mantener vigentes, mejorar y extender los Hospitales Estatales y especialmente los de el Seguro Social.

No importa donde ni como practiquemos nuestros conocimientos médicos, démosles la mejor calidad posible, sin escatimar el tiempo o los costos que esto signifique, para satisfacción propia y nos veamos así libres de las demandas por mala práctica, que nos acechan a la vuelta de cada esquina.